



# EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXVII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 11048

## PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1º y 16 de cada mes.—La correspondencia a la Administración

## REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

SÁBADO 27 DE AGOSTO DE 1898

## CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lovette rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

## LA PREPARATORIA MILITAR

JARA, L. PRINCIPAL

á cargo de los capitanes de Ingenieros y de Artillería DON SALVADOR NAVARRO Y DON FULGENCIO QUETCUTI

Preparación para todas las carreras del Ejército y Armada

Esta Academia ha ingresado desde su fundación ó sea en 2 años, los alumnos siguientes:

Infantería	Artillería	Ingenieros
D. Joaquín García.	D. Genaro Pérez Conesa.	D. Enrique Rolandi
• José Chacón.	• Francisco Barceló.	
• José Gimeno.	• Juan Izquierdo.	
• José Córdoba López.		

Infantería de Marina

D. Carlos Coll.

Clases especiales para la convocatoria de Noviembre. Detalles y reglamentos de 8 á 12 en la Academia.

## JUSTO CASTIGO

¡Hay providencia!  
Podrá no verse su mano bienhechora en otras ocasiones, bien porque se siguió inmediatamente el castigo á la falta ó por que ésta sea el castigo de otra culpa desconocida; pero lo que es en la ocasión presente hay providencia, sí. Se ve bien claro estorbándose a los cubanos la realización de sus deseos.

Pidieron apoyo al Norte América, para cometer un parricidio, y lo lograron; mas al tender la garra para coger el fruto de su crimen, son objeto de irrisante burla por parte de los mismos que les ayudaron al despojo.

¡Qué desengaño el de esos malos hijos de España! Soñaron ser presidentes, generales, magistrados, jueces, representantes y á los empleados en la administración, y apenas si los tratan como hombres los que les alientaron en la lucha para encontrar más tarde expedito el camino de la invasión.

Si fuera posible recuperar el tiempo, cuán otra sería la conducta de los cubanos. A buen seguro que ante el desengaño que están sufriendo aceptarían la auto-

mía que les daba España, con cuyo régimen podían haber sido ministros, diputados, senadores, todo, menos lo que quieren ser Masó, Maximo Gómez y Calixto García: presidentes de la república cubana y generales.

Ya es tarde. Aquellos tiempos en que se les podía y hasta se les rogaba que entraran por el camino de la legalidad están lejanos y no volverán nunca. Los rebeldes lograron su propósito de que desapareciera de la gran Antilla el poder español; pero, al lograrlo, han cerrado de golpe la puerta á la esperanza de ser señores de la isla, quedándose en cambio la evidencia de que viviran en adelante sometidos al yugo americano.

Cuanta mudanza en tan escaso tiempo. Hace un año apenas, no abría sus puertas el Capitolio sin que se oyeran dentro palabras soeces é insultos contra España. En aquel templo de las leyes, que ha sido para nosotros templo de la injusticia y la conjura, se maldecía á los españoles y se glorificaba a los cubanos. De aquéllos se decía que eran asesinos, que gozaban lo indecible martirizando á sus víctimas. A los cubanos se les consideraba como mártires y se aplaudían sus desahucos.

El tiempo ha venido á demostrar quienes tenían razón, si Sherman y Morgan defendiendo a los mambises ó los españoles defendiéndose á sí mismos.

Los últimos sucesos ocurridos en Cuba han hecho saber al mundo que no tienen razón ninguna los que, á los fines políticos, propalaban la calumnia contra los soldados españoles. No han encontrado allí los yanquis en los hijos de España el tipo del militar sanguinario que tanto se explota en el Capitolio; en cambio han podido contemplar horrorizados á los rebeldes degollando á los infelices naufragos de la escuadra del general Cervera que llegaban nadando á la orilla.

Los que tal hacen no pueden aspirar á dirigir las sociedades (gracias que no se les entregue al verdugo para que haga en ellos un acto ejemplarísimo).

La justicia humana no ha castigado á los criminales de la manigua; pero los ha castigado la justicia de Dios.

La ambición se ha despertado en la conciencia americana y quiere á Cuba para sí.

Desde ese momento ha quedado cumplida la justicia divina, la que no se equivoca.

Desde ese momento ha quedado cumplida la justicia divina, la que no se equivoca.

Desde ese momento ha quedado cumplida la justicia divina, la que no se equivoca.

Desde ese momento ha quedado cumplida la justicia divina, la que no se equivoca.

Desde ese momento ha quedado cumplida la justicia divina, la que no se equivoca.

Desde ese momento ha quedado cumplida la justicia divina, la que no se equivoca.

Desde ese momento ha quedado cumplida la justicia divina, la que no se equivoca.

Desde ese momento ha quedado cumplida la justicia divina, la que no se equivoca.

Desde ese momento ha quedado cumplida la justicia divina, la que no se equivoca.

Desde ese momento ha quedado cumplida la justicia divina, la que no se equivoca.

Desde ese momento ha quedado cumplida la justicia divina, la que no se equivoca.

Desde ese momento ha quedado cumplida la justicia divina, la que no se equivoca.

Desde ese momento ha quedado cumplida la justicia divina, la que no se equivoca.

Desde ese momento ha quedado cumplida la justicia divina, la que no se equivoca.

Desde ese momento ha quedado cumplida la justicia divina, la que no se equivoca.

Desde ese momento ha quedado cumplida la justicia divina, la que no se equivoca.

Desde ese momento ha quedado cumplida la justicia divina, la que no se equivoca.

Desde ese momento ha quedado cumplida la justicia divina, la que no se equivoca.

Desde ese momento ha quedado cumplida la justicia divina, la que no se equivoca.

Desde ese momento ha quedado cumplida la justicia divina, la que no se equivoca.

Desde ese momento ha quedado cumplida la justicia divina, la que no se equivoca.

Desde ese momento ha quedado cumplida la justicia divina, la que no se equivoca.

Desde ese momento ha quedado cumplida la justicia divina, la que no se equivoca.

Dicen de Londres que los americanos hacen gran desprecio de los rebeldes, en los cuales no han encontrado la ayuda que esperaban.

Pero en cambio han hecho el descubrimiento de que son holgazanes y ociosos é incapaces de gobernarse.

Si el Norte América hubiera reconocido eso hace seis meses no tendría que confesar ahora que se ha equivocado.

Y no pesaría sobre la conciencia de sus directores el montón de muertos que ha hecho la guerra.

Dice un telegrama de Manila que los españoles allí residentes carecen de todo, principalmente de dinero.

Este último ha podido ser remediable.

Con los ochocientos mil duros que ha encontrado el jefe yanqui en las cajas públicas, había bastante para poner, al día á todo el mundo.

Entregados á los americanos, nada remediará y se dará el caso de que aquellos peninsulares no podrán tranquilizar á las familias por carecer de unas miserables pesetas para pagar un cablegrama.

Dicen de Londres que los americanos hacen gran desprecio de los rebeldes, en los cuales no han encontrado la ayuda que esperaban.

Dicen de Londres que los americanos hacen gran desprecio de los rebeldes, en los cuales no han encontrado la ayuda que esperaban.

Dicen de Londres que los americanos hacen gran desprecio de los rebeldes, en los cuales no han encontrado la ayuda que esperaban.

Dicen de Londres que los americanos hacen gran desprecio de los rebeldes, en los cuales no han encontrado la ayuda que esperaban.

Dicen de Londres que los americanos hacen gran desprecio de los rebeldes, en los cuales no han encontrado la ayuda que esperaban.

Dicen de Londres que los americanos hacen gran desprecio de los rebeldes, en los cuales no han encontrado la ayuda que esperaban.

Dicen de Londres que los americanos hacen gran desprecio de los rebeldes, en los cuales no han encontrado la ayuda que esperaban.

Dicen de Londres que los americanos hacen gran desprecio de los rebeldes, en los cuales no han encontrado la ayuda que esperaban.

Dicen de Londres que los americanos hacen gran desprecio de los rebeldes, en los cuales no han encontrado la ayuda que esperaban.

Dicen de Londres que los americanos hacen gran desprecio de los rebeldes, en los cuales no han encontrado la ayuda que esperaban.

Dicen de Londres que los americanos hacen gran desprecio de los rebeldes, en los cuales no han encontrado la ayuda que esperaban.

Dicen de Londres que los americanos hacen gran desprecio de los rebeldes, en los cuales no han encontrado la ayuda que esperaban.

Dicen de Londres que los americanos hacen gran desprecio de los rebeldes, en los cuales no han encontrado la ayuda que esperaban.

Dicen de Londres que los americanos hacen gran desprecio de los rebeldes, en los cuales no han encontrado la ayuda que esperaban.

Dicen de Londres que los americanos hacen gran desprecio de los rebeldes, en los cuales no han encontrado la ayuda que esperaban.

Dicen de Londres que los americanos hacen gran desprecio de los rebeldes, en los cuales no han encontrado la ayuda que esperaban.

Dicen de Londres que los americanos hacen gran desprecio de los rebeldes, en los cuales no han encontrado la ayuda que esperaban.

Dicen de Londres que los americanos hacen gran desprecio de los rebeldes, en los cuales no han encontrado la ayuda que esperaban.

Dicen de Londres que los americanos hacen gran desprecio de los rebeldes, en los cuales no han encontrado la ayuda que esperaban.

Dicen de Londres que los americanos hacen gran desprecio de los rebeldes, en los cuales no han encontrado la ayuda que esperaban.

Dicen de Londres que los americanos hacen gran desprecio de los rebeldes, en los cuales no han encontrado la ayuda que esperaban.

Dicen de Londres que los americanos hacen gran desprecio de los rebeldes, en los cuales no han encontrado la ayuda que esperaban.

Dicen de Londres que los americanos hacen gran desprecio de los rebeldes, en los cuales no han encontrado la ayuda que esperaban.

Dicen de Londres que los americanos hacen gran desprecio de los rebeldes, en los cuales no han encontrado la ayuda que esperaban.

Dicen de Londres que los americanos hacen gran desprecio de los rebeldes, en los cuales no han encontrado la ayuda que esperaban.

Dicen de Londres que los americanos hacen gran desprecio de los rebeldes, en los cuales no han encontrado la ayuda que esperaban.

Dicen de Londres que los americanos hacen gran desprecio de los rebeldes, en los cuales no han encontrado la ayuda que esperaban.

lado de la frontera cubría el campamento de París, se hallaba casi en absoluto desguarnecido.

Al tener conocimiento el condestable de Montmorency de aquella hábil maniobra de los españoles, acudió en auxilio de San Quintín con 20000 infantes y 8000 ginetes, dando lugar con su presencia á la gloriosa batalla, que lleva el nombre de dicha plaza.

Destrozadas las huestes francesas, que acudían en socorro de los sitiados, Filiberto de Saboya, proseguido ante San Quintín, cada día más estrechado, más su sitio y haciendo más presión y procuraría la situación de sus defensores, pues el jefe de éstos, almirante Coligny, rechazó con gran entereza y energía cuantas intimaciones se le hicieron, siendo hermosa prueba de su dignidad, las siguientes palabras que dirigió á sus soldados:

«Si me da decir algo, que me asemeje á cosa de república, arrojaré al foso por encima de las murallas; si entre vosotros hay alguno que habla de eso, hará otro tanto con él, logrando con su levantada conducta, rehacer el espíritu valeroso de sus tropas, muy decayido desde que en su presencia derrotaron los españoles al ejército del condestable.»

En vista de la resistencia que los oponía, los sitiadores adelantaron sus trincheras hasta el borde del foso, y el día 25 de Agosto se dedicaron á ensanchar los tres portillos, más importantes de los once que habían abierto el 27 de Julio el asedio, coronándose de gloria ambos enemigos en tan memorable hecho; pues el arrojado y herido, fué el conde de Montmorency, que se hacían matar con heroica valentía á la entrada de las brechas.

MAESE RODRIGUEZ  
(Prohibida la reproducción)

MAESE RODRIGUEZ  
(Prohibida la reproducción)

MAESE RODRIGUEZ  
(Prohibida la reproducción)

MAESE RODRIGUEZ  
(Prohibida la reproducción)

MAESE RODRIGUEZ  
(Prohibida la reproducción)

MAESE RODRIGUEZ  
(Prohibida la reproducción)

MAESE RODRIGUEZ  
(Prohibida la reproducción)

MAESE RODRIGUEZ  
(Prohibida la reproducción)

MAESE RODRIGUEZ  
(Prohibida la reproducción)

MAESE RODRIGUEZ  
(Prohibida la reproducción)

MAESE RODRIGUEZ  
(Prohibida la reproducción)

MAESE RODRIGUEZ  
(Prohibida la reproducción)

MAESE RODRIGUEZ  
(Prohibida la reproducción)

MAESE RODRIGUEZ  
(Prohibida la reproducción)

MAESE RODRIGUEZ  
(Prohibida la reproducción)

MAESE RODRIGUEZ  
(Prohibida la reproducción)

MAESE RODRIGUEZ  
(Prohibida la reproducción)

MAESE RODRIGUEZ  
(Prohibida la reproducción)

MAESE RODRIGUEZ  
(Prohibida la reproducción)

### VI.

Ana María hizo un gesto de desprecio, y se silenció quemó las hojas de aquel manuscrito, y del mismo modo el sobre.

Después llamó y se hizo vestir, por las damas que la había procurado la reina; un magnífico traje de terciopelo.

—¿Dónde está, señora, dijo á una de las damas, esa joven que he puesto á nuestro cuidado?

—En la habitación inmediata, señora, contestó la dama.

—Llévame allá, dijo la princesa, y vos, añadió dirigiéndose á otra dama, tened la bondad de hacer que asistáis á los batallas y á la escuela que están dispuestas para partir dentro de un momento.

Y á seguida salió con una de las damas, que la llevó á una habitación inmediata.

En ella, sentada junto á una mesa, sin haber querido recogerse al teatro, estaba María de la Azucena, inmóvil, pálida, conteniendo dentro de sí el fúnebre envoltorio que guardaba los vestidos y los objetos que había tomado de sobre el cadáver de María de la Cruz.

La princesa se acercó á ella y la tomó una mano.

Azucena levantó los ojos, los fijó profundamente en la princesa, y se puso de pló.

—¿Qué veis en mí? dijo Ana María con dulzura, pero sin conmoción.

—No sé lo que veo, señora, contestó con firmeza la joven, no sé lo que me sucede.

—En mi tenéis una protección decidida.

—Os lo agradezco.

—Vuestro padre será buscado, y perdonado lo está ya; ha hablado de él á su magestad.

—Gracias, señora.

—Me veo obligada á dejaros aquí; esta señora tendrá la bondad de acompañaros.

—Yo tengo en ello un gran placer, señora, dijo inclinándose la dama; vuestra alteza...

—Creo que os equivocáis, mi querida señora, dijo Ana María; me dais tratamiento de alteza.

—Así nos lo ha prevenido su majestad la reina, señora.

—¡Ah! bien; mañana enviaré yo persona que os conduzca á Madrid, Azucena; reposad entre tanto. Adios.

—Id con él, señor, dijo con la inalterable frialdad de su acento Azucena.

mos partido á escape por la carretera hacia el pueblo de Valdenuñas, pequeña aldea situada á tres cuartos de legua de Tarazona.

Pero Bizarro no siguió la carretera, sino que al llegar á una cruz junto á la que empezaba, á la izquierda, un camino de herradura, tomó por él á todo escape, temeroso de ser prseguido.

En Agosto, y en Castilla, las noches empiezan á ser frescas; pero Bizarro nada sentía: en su cabeza ardía la fiebre, y espoleada al caballo sin temor á que cayese ó no por el exceso de la fatiga.

II.

... Cualquiera que hubiese pasado por aquel camino no hubiera podido menos de reparar en la singularidad de un gitano, ginete en un caballo, que llevaba la montura y la mantilla galoneada de plata del cuerpo de guardias de corps.

Nadie pasaba, sin embargo, pero podía encontrar á alguien; y cuando Bizarro hubo conseguido que había adelantado lo bastante para verse solo, detuvo el caballo; volvió pidiéndole de desahucillo, arrojando un montón de monedas de plata, saltó de

